

# País de la madre

MAYO -

# Y EL DESMADRE

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Mañana, jueves 10, es el Día de la Madre. Caminamos hacia adentro y hacia afuera de la crisis, en zig zag, o en el rumbo que se quiera, y esa institución comercial-cultural aparece como algo inamovible, resistente a toda veleidad, a todo cambio. Desde que al iniciarse la década de los veinte la introdujo entre nosotros el fundador de **Excelsior**, Rafael Alducin, con el ánimo mercantil de incrementar la venta del espacio publicitario de su periódico, hasta nuestros días en que los réclames televisivos y radiofónicos nos aturden desde fines de marzo en la preparación ritual que conduce a los regalos y las **mañanitas**, los fandangos y las celebraciones, nada parece capaz de

conmover la adhesión nacional al culto a la madre.

Es un lugar común de la sicología popular admitir que uno de los rasgos enfermos de los mexicanos es que tenemos poco padre y demasiada madre, es decir un progenitor ausente y una madre omnipresente. No entraremos ahora a desentrañar la veracidad de la aseveración. Y ni siquiera a examinar las causas de la presencia omnímoda de la madre. Quedémonos por ahora en un ejercicio puramente verbal, necesariamente incompleto, pretendidamente juguetón, de la poliédrica aparición de la madre en el habla común de los mexicanos, que refleja la omnipresencia de las matriarcas.

Madre es la cara, la cabeza, una de las partes principales del cuerpo. **Dar en la madre** es, en consecuencia, dañar centralmente, echar a perder, dejar inútil algo o a alguien. El giro sirve también para expresar asombro: **¡en la madre!**, o sus equivalentes suavizados, como **¡en la torrel aluden siempre a la condición valiosa**, apreciada en que se coloca a la progenitora.

Esa misma alta estima aparece en expresiones en que uno se duele de que otro tenga **poca madre**, es decir, que sea un desalmado, que no se para en barras con tal de obtener sus objetivos. La frase evoca reminiscencias aristocráticas, porque sugiere prosapia conocida, raíces valederas.

Verbo y sustantivo centrales de nuestra vida cotidiana, **desmadrar** y **desmadre** se forman también a partir de una concepción que valora en mucho a la madre. Es su ausencia lo que equivale a desorden, a inequidad, a iniquidad, a rompimiento, a quebrazón. **Desmadrar**, es, en último término, destruir, es decir quitar la esencia, privar de la vida. La madre aparece en esta locución como el principio vital por excelencia, la generadora de vida cuya falta es inadmisibile.

En cambio, y como contrasentido, también se habla derogatoriamente de la madre, comparándola con la nada, con lo que no es útil. **Valer madre** es tener cancelado el destino. "Ya valí madre", declara cariacontecido el ladrón sorprendido por la policía; "me vale madre", o simplemente "me vale" sin necesidad de concluir la frase porque la terminación es obvia, se sobreentiende, significa la absoluta falta de respeto, la supresión de toda estima.

También es disminuyente, y no sólo porque se expresa como diminutivo, hablar de una **madrecita**, es decir de algo insignificante. Una persona de baja estatura, un alfeñique, es identificado así. para denotar que apenas alza unos palmos del suelo, es decir que vale poco, que se le puede tener en casi nada.

Peyorativo también es el **pura madre**. No te doy nada: te doy **pura madre**, se dice cuando con violencia es necesario negar con énfasis, rehusar la satisfacción de un pedido. Es lo que parece responder el gobierno a las demandas populares.

**Madral** es copia, abundancia, cantidad generosa, versión mexicana del más castizo **ciento y la madre**. **Estar hasta la madre** es también una indicación de nivel: equivale a estar hasta la coronilla, a no soportar más.

**Madrearse**, según el diccionario de la Real Academia, es ahilarse la levadura, el vino. Pero entre nosotros tiene un significado distinto. **Madrear**, en su forma transitiva, y **madrearse**, como reflexivo, son verbos reyes en nuestra lengua popular. Golpear, dañar, matar, en eso se resume el primero, que supone **romper la madre**. El otro entraña liarse a golpes, darse en la crisma. Del verbo derivan dos sustantivos, protagonistas también de nuestra conversación diaria: **madrazo** y **madriza**. El primero es golpe fuerte, como los que asestan los gendarmes cuando impiden la incorporación de manifestantes disidentes a una marcha obrera oficialista. **Madriza** es el conjunto de los **madrazos** y su resultado: su definición es tan fuerte que no faltan espíritus melindrosos que busquen suavizar el término y hablan entonces de una **madrina**, que no es "la que presenta o acompaña a alguna persona que recibe un honor o gracia", sino un eufemismo para referirse a la **golpiza**.

De claras reminiscencias edípicas son los sustantivos **mamacita** y **mamasota** cuando van destinados a expresar admiración o avidez por una mujer. El diminutivo y el aumentativo son aquí irrelevantes. Ambos pueden ser aplicados a una mujer vasta, como la Giganta de Díaz Mirón, o a una de figura grácil como la Duquesa que adora a veces el Duque Job.

**Desmadroso** es, en fin un espíritu frívolo, antisolemne, el que practica el **desmadre** no como, en la acepción dicha antes, de desorden o desorganización, sino como relajó, esto es, como juego permanente, como ruptura de grilletes, de ataduras.

**Desmadroso** debió haber sido el poeta local, el aeda rupestre protagonista del episodio que, a propósito de madres, narra Antonio Sáenz de Miera cuando despliega ante sus amigos su don de charlista y biógrafo verbal del general Maximino Avila Camacho. Aunque ponerlo por escrito, en prosa árida hace que el relato pierda la mayor parte de su encanto, helo aquí:

Festejaba, en los años 37 a 41 en que era gobernador de Puebla, su día onomástico don Maximino. Al cabo de la rumbosa cena con que las fuerzas vivas celebraban el dichoso acontecimiento, se abrió el turno de oradores para cantar las glorias del mandamás. El bardo de la localidad fue retrasando el momento de su participación, ante la angustia de sus amigos, que veían cómo un discurso tras otro trazaba el retrato del gobernador con colores tales que se creyera no iba a quedar en la paleta ninguno para que lo pusiera en la tela el retórico provinciano. El general era el mejor gobernador que había tenido Puebla, había dicho el primer orador. No sólo de Puebla, sino del país entero, agrégo el segundo. Puntualizó el tercero que nunca en la historia hubo jamás un gobernador como el que entonces cumplía años. Y así, el gobernador se volvió, en los labios de sus aduladores, el más sabio, el de mayor generosidad, el dueño de las virtudes supremas. Cuando por fin el impasible poeta llegó al uso de la palabra, pareció que nada quedaba por decir. Y, en efecto, anunció que nada añadiría a lo dicho por quienes le precedieron en el cursi y vehemente discursar, porque él, el versero de las familias, no quería producir un ditirambo del gobernante, sino narrar la epopeya de la que había parido a ese hombre que con tanta justeza había sido descrito con anterioridad. Sobra decir que todos, incluido el gobernador, prorrumpieron en un llanto que fue la más clara señal del éxito del aeda rupestre.

Habría tal vez alguien que pidiera que continuemos, pero, ni ¡madres!